

ENTRE EL RECUERDO Y EL OLVIDO

LAS MEMORIAS DE LOS EXILIADOS ANTITRUJILLISTAS*

WALTER R. BONILLA

*Universidad de Puerto Rico, Recinto Río Piedras***

Abstract

This article analyses how the discourse of exile elaborated its struggle against Trujillo from the realms of memory and oblivion, to be found in the evocative and political power of autobiographical narration. Depending on the particular political situation, it is important to visualize the discursive strategies employed to remember or forget a particular event. Thus, in each of the narrations studied here, the analysis will focus on how the struggles for power between the different political agrupations outside the Dominican Republic are represented and justified.

Key words: The Dominican Republic, Trujillo, exile, autobiographical narrations, discourse.

Resumen

En este artículo se analiza cómo el exilio construyó su lucha en contra de Trujillo desde la memoria y el olvido, a partir del poder evocativo y político presente en relatos autobiográficos. Un elemento importante al abordar este tipo de textos es visualizar, dependiendo de la situación política, cuáles son las estrategias discursivas que se utilizan para recordar u olvidar un acontecimiento en particular. Por tal motivo, se examina cómo en cada una de las memorias estudiadas están representadas y justificadas las luchas de poder entre las diferentes agrupaciones políticas fuera de la República Dominicana.

Palabras clave: República Dominicana, Trujillo, exilio, relatos autobiográficos, discurso.

* Una breve versión de este artículo se presentó como ponencia en el Octavo Congreso Anual de la AMEC, Universidad Autónoma de Juárez en Villahermosa, Tabasco, 4 a 6 de abril de 2001. Además, este trabajo forma parte de mi tesis doctoral *Entre la historia y la memoria: la construcción del recuerdo y del olvido en las narraciones de los exiliados antitrujillistas*, la cual está en proceso de defensa en el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

** Departamento de Historia, PO Box 23350, San Juan, Puerto Rico, 00931-3350.

BETWEEN MEMORY AND OBLIVION:

MEMOIRS OF EXILED ANTI-TRUJILLISTS

WALTER R. BONILLA

Universidad de Puerto Rico

Résumé

Dans cet article on analyse la façon dont les exilés dominicains ont construit, à partir de la mémoire et de l'oubli, leur lutte contre Trujillo, grâce à la puissance évocatrice et politique qu'ils présentent dans leurs récits autobiographiques. Pour aborder ce type de textes, il est important de percevoir, en fonction de la situation politique, quelles stratégies discursives sont employées pour remémorer ou oublier tel ou tel événement. Dans ce but, dans chacun des textes autobiographiques étudiés, on analysera comment sont représentées et justifiées, par les divers groupements politiques établis hors de la République Dominicaine, les luttes des pouvoirs.

Mots-clefs: République Dominicaine, exil ("exilés"), récits autobiographiques, discours.

Samenvatting

Het artikel analyseert de manier waarop de politieke ballingen hun strijd tegen Trujillo voortzetten via autobiografische verhalen. Een belangrijk element in de analyse van deze teksten is het signaleren, afhankelijk van de politieke context, van de mechanismen die gebruikt worden om bepaalde gebeurtenissen te vergeten of te herrineren. Het resultaat is dat de auteur de machtstrijd, die gaande was tussen de verschillende groeperingen buiten de Dominikaanse Republiek, kan aanwijzen via de verhalen.

Kerwoorden: Dominikaanse Republiek, Trujillo, ballingschap, autobiografische verhalen, discours.

INTRODUCCIÓN

La puesta en circulación, en el año 2000, de la novela del escritor peruano Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, despertó un furor inusitado en torno a las formas de recordar y olvidar de ciertos sectores que fueron víctimas o colaboradores durante los 31 años de gobierno de Rafael L. Trujillo en la República Dominicana (1930-1961). Este artículo no tiene la intención de discutir las causas de este debate, lo que me interesa señalar es que existe todavía una fuerte carga psicológica y política en la sociedad dominicana al abordar este delicado asunto. Sin embargo, el aporte de Vargas Llosa no es nuevo, ya que la producción intelectual en torno a la Era de Trujillo abarca una impresionante variedad expositiva. De hecho, los primeros trabajos historiográficos de algunos de los exiliados antitrujillistas fueron la base para analizar y denunciar los abusos y las atrocidades cometidas por la feroz dictadura iniciada en 1930 (Mejía, 1944; Jimenes Grullón, 1946; Ornes, 1956; Galíndez, 1956; Cordero Michel, 1999).

Después de la muerte del dictador, en 1961, retornó gran parte de los expatriados, muchos relataron sus experiencias en entrevistas o en memorias, publicadas mayormente después de los doce años (1966-1978) de gobierno de Joaquín Balaguer (Arvelo, 1982; Silfa, 1980; Grullón, 1989; Romero, 1989; Miolán, 1995). A partir de estas obras, me propongo estudiar cómo el exilio construyó su lucha en contra de Trujillo desde la memoria y el olvido. No es mi intención hacer una cronología ni un listado de todos los exiliados, ni tampoco deseo demostrar si el régimen era bueno o malo, sino entender el poder evocativo y político que tienen estos relatos autobiográficos. Un elemento importante al abordar este tipo de textos es identificar, con base en la situación política, cuáles son las estrategias discursivas que cada uno de ellos utiliza para recordar u olvidar un acontecimiento en particular (Eakin, 1985; Hutton, 1993).

¿EL EXILIO COMO METÁFORA O COMO COMUNIDAD DE RECURSOS?

La historia de la memoria, contada en metáforas, saca a luz memorias siempre diferentes.

Douwe Draaisma (1995)

En su interesante trabajo, *Habits of the Heart*, Robert Bellah explica que los seres humanos adquieren valores y tradiciones de la sociedad, los cuales son empleados en la vida cotidiana como parte esencial de su discurso moral (Bellah *et al.*, 1985); señala también que los individuos desarrollan un compromiso social muy ligado al sentido básico de su constitución histórica. De esta forma, la colectividad se reafirma en los valores morales y en las tradiciones del pasado, que están inculcados en la memoria. La propia sociedad, alega Bellah, se transforma en una *comunidad de recursos*, que no sólo celebra recordando u olvidando el pasado, sino aprovechando la oportunidad de rescribir y de entender los significados del presente (Bellah *et al.*, 1985, 155).

De hecho, los recuerdos, según Alan Radley, se producen desde el presente y su función está mediatizada por el impacto de las experiencias personales y colectivas de toda una vida (Radley, 1992, 67). Además, la memoria no es un depósito inerte de recuerdos, ya que las imágenes están siendo manipuladas constantemente por el desarrollo de nuevos eventos. Para los psicólogos David Middleton y Derek Edwards, "la memoria de los individuos no actúa sólo como un 'almacén' pasivo de experiencias pasadas, sino que cambia lo que se recuerda mejorándolo y transformándolo según las circunstancias presentes" (Middleton y Edwards, 1992, 22). No obstante, ante la realidad de que la memoria transita por un periodo corto de tiempo, el ser humano siempre ha intentado, de una forma u otra, plasmar su propia existencia.

Por ejemplo, la escritura, afirma Douwe Draaisma, es la prótesis más antigua que tiene el recuerdo personal (Draaisma, 1995, 23). Así, la memoria escrita emplea una variedad de recursos simbólicos que le permiten recoger artificialmente las imágenes del lenguaje. Draaisma señala que los recuerdos contienen una fuerte carga de metáforas, comparaciones y analogías que definen el carácter de la memoria escrita. Además, en las metáforas

“está encerrado lo que el autor vio a su alrededor cuando buscaba las imágenes para ilustrar los procesos ocultos de la memoria” (Draaisma, 1995, 25).

Por otro lado, en la manera en que la comunidad acepta e incorpora a sus prácticas conmemorativas las metanarraciones de héroes y patriotas a la imaginación colectiva, éstos se vuelven recursos políticos de gran impacto en la sociedad (Gillis, 1994). En la República Dominicana existe actualmente el reclamo de algunos sectores de la sociedad para que se den a conocer las memorias de los exiliados antitrujillistas que aún viven.¹ De hecho, la cantidad de autobiografías en torno a este periodo es casi mínima, aparte de algunas memorias escritas por importante líderes del exilio (Jimenes Grullón, 1946; Ornes, 1956; Arvelo, 1982; Vargas, 1981; Grullón, 1989; Pou Saleta, 1998); la mayoría de estos trabajos aguardan todavía algún tipo de publicación.

Un elemento importante al abordar este tipo de lecturas autobiográficas sobre el exilio antitrujillista es visualizar, dependiendo de la situación, cuáles son las estrategias que cada una utiliza para recordar u olvidar un acontecimiento en particular (Bonilla, 1999). A finales del siglo xx, Ángel Miolán, uno de los fundadores del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), publicó la primera parte de sus memorias —de una serie inconclusa de tres tomos— que subtuló: *De la batalla contra la tiranía de Trujillo en la República Dominicana y Haití* (Miolán, 1995). Aparte de “contar lo que sabe”, el antiguo dirigente perredeísta señala —a modo de coartada— que el libro de Joaquín Balaguer, *Memorias de un cortesano en la Era de Trujillo*, se aleja de la verdad histórica, ya que el autor no le reconoce ningún valor a las gestas patrióticas del PRD (Balaguer, 1988); por tal motivo, su narración es necesaria para aclarar los eventos que le tocaron vivir.

Detrás de esta pantalla de humo, lo que le interesa a Miolán es legitimar su propio relato, desvirtuando lo que en apariencia

¹ En la República Dominicana existen tres organizaciones: la Fundación de los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo; la Fundación Testimonio; y la Fundación 30 de Mayo, las cuales se dedican a recopilar y a difundir información sobre las gestas de los exiliados antitrujillistas y de la conspiración para asesinar a Trujillo.

escribe Balaguer, para testimoniar su larga "batalla" en contra de Trujillo. Sus memorias, como justifica, son frutos de las andanzas en favor de la democracia dominicana. Éste recuerda el día que regresó a Dajabón, su pueblo natal, después de 27 años de exilio, para participar en el primer mitin del PRD, luego de la muerte del déspota en 1961. Miolán, quien había venido el 5 de julio de 1961 en la primera comitiva del PRD, autorizada por el entonces presidente Balaguer, quedó sorprendido por la actitud agresiva de la población. Los remanentes del trujillismo, lamenta Miolán, se encargaron de apedrear los automóviles en donde viajaban, aunque dos meses más tarde fueron recibidos en forma pacífica (Miolán, 1984).

El país había cambiado mucho en 31 años de dictadura. Parecía un día lejano, trabajando en la finca de tabaco de su padre en Cabo Haitiano, pueblo localizado al norte de Haití, cuando escuchó del "movimiento cívico" que derrocó al presidente Horacio Vázquez (1924-1930), antecesor de Trujillo. Este último, con una carrera militar en ascenso, se aprovechó del liderato del licenciado Rafael Estrella Ureña, destacado orador y abogado de Santiago, para capitalizar la "revuelta". Miolán señala que el gobierno de Vázquez, a pesar de los intentos por reelegirse, "no puede ser encasillado en el listado de los gobiernos totalmente negativos que ha tenido el país" (Miolán, 1995, 72).

Más aún, el cansado y enfermo caudillo hasta llegó a respetar las libertades públicas y los derechos humanos. Por su parte, Trujillo, con reputación delictiva, se dedicó a perseguir y a asesinar a los caudillos de la región noroeste del país. El nuevo presidente, producto de la ocupación militar norteamericana (1916-1924) en suelo dominicano, superó de forma vertiginosa las marcas del autoritarismo y del poder económico existentes hasta 1930. Según Miolán, la juventud dominicana despreciaba a Trujillo debido a que lo consideraban un indigno representante de la nación; además, "asombra que este hombre inculto lograra desbaratar y cambiar los planes de un grupo de hombres considerados como los dominicanos más ilustres, inteligentes y destacados de ese momento histórico" (Miolán, 1995, 82).

El tirano, por medio del terror, mutiló la conciencia de la misma sociedad, la cual terminó sirviéndole desvergonzadamente

para sus proyectos personales. No obstante, las nuevas generaciones intentaron resistir, a mediados de la década de los años treinta, la política degradante y violenta del dictador. De hecho, en sus memorias, Miolán resalta las virtudes y los fracasos del movimiento conspirativo que lo llevó al exilio. Como actor de su propia narración, lamenta que los historiadores y los medios de comunicación no hayan sabido valorar las gestas de la juventud santiaguera que se enfrentó a Trujillo en 1934. Para él, el movimiento fue pionero y ejemplar, ya que se "organizó políticamente para condenar el pasado, el presente negativo y abogar por un futuro promisorio" (Miolán, 1995, 201).

Develado el complot "libertador", Miolán salió huyendo hacia Haití y más tarde llegó a Cuba, donde se integró al exilio en contra de Trujillo en ese país (del Orbe, 1983). En su narración exige un espacio digno para esta primera generación de rebeldía anti-trujillista, debido a que él considera (en referencia a las guerras entre caudillos regionales) que la voluntad política del movimiento estaba dirigida a "una vida de progreso y desarrollo, y no de tiros, muertos y velorios" (Miolán, 1995, 202). Curiosamente, éste era el mismo reclamo de los intelectuales que apoyaron al déspota, ya que veían en la mano fuerte del "Jefe" la oportunidad de acabar con los antiguos males de la República (Mateo, 1999).

Joaquín Balaguer, entonces un joven abogado del Cibao, fue encargado por el dictador, de acuerdo con Andrés L. Mateo, para redactar una serie de cartas defendiendo al régimen de los ataques de los exiliados dominicanos en los Estados Unidos. Según Mateo:

Balaguer se jugaba su propio espacio, empleado a fondo con su verbo ardiente y su lógica florida de tribuno romano, en desdibujar un miedo que era más concreto que un puño en el pleno rostro [Mateo, 1999, 3].

Sin embargo, son dos perspectivas distintas, ya que para el exilio era inconcebible que Trujillo, un extraño dentro de las estructuras tradicionales de poder, asumiera las riendas del Estado. Por tal motivo, el exilio recurre a construir una memoria idílica en la cual se acentúan los sufrimientos, las privaciones y las nostalgias del poder perdido.

EL EXILIO COMO TRAUMA

En *Escrito sobre la histeria* (1895), el psicólogo Sigmund Freud (1856-1939) plantea que el olvido inconsciente y la represión de los recuerdos tienen su origen patológico en experiencias personales dolorosas o vergonzosas (Freud, 1997, 9). En sus teorías sobre el psicoanálisis, Freud señala que las condiciones traumáticas son de los componentes clínicos más ligados a la amnesia y a las lagunas mnémicas. En el caso de la histeria, el paciente reprime su memoria y silencia de manera consciente la información que no desea comunicar, aunque puede producir un relato alterno de su vida, utilizando la fantasía.

De la naturaleza misma del material del psicoanálisis resulta [según Freud] que en nuestros historiales patológicos deberemos dedicar tanta atención a las circunstancias puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos [Freud, 1997, 10].

De hecho, este tipo de desorden mental implicó una serie de cambios teóricos y prácticos en la forma de entender psicológicamente los desvíos voluntarios e involuntarios de la conciencia personal. Como muy bien explica Cathy Caruth, las teorías freudianas representaron un reto para los estudios socioculturales y la escritura de la misma historia, debido al efecto de las experiencias traumáticas en nuestras nociones de comunicación y de conocimiento general (Caruth, 1995, 4). Las propuestas de Freud, expone Caruth, sacudieron las mismas bases de la objetividad científica, ya que la recuperación distorsionada de los recuerdos traumáticos pusieron en entredicho la "verdad" de los hechos históricos. Ésta plantea que la gente traumatizada, por su condición, carga con una historia casi imposible de entender o de poseer, siendo muy difícil separar la realidad de la alucinación.

Ante esta contradictoria situación, Caruth se pregunta: "how we in this era can have access to own historical experiences, to a history that is in its immediacy a crisis to whose truth there is no simple access" (1995, 6). Tanto para ella como para Ruth Leys, la relación entre historia y trauma representa un desafío

para la intelectualidad científica, la cual tiene que enfrentar la crisis de "verdad" sin descartar o trivializar el efecto de las experiencias traumáticas en la memoria histórica de cada sociedad (Leys, 2001, 18). El historiador Dominick LaCapra señala que las culturas modernas, en especial las occidentales, han convertido sucesos traumáticos, como el holocausto judío y la caída de las dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, en actos subliminales debido a sus intereses políticos (LaCapra, 2001, 23).

El problema de la sublimidad, acota LaCapra, está en la sobrevaloración —a veces peligrosa o negativa— de un trauma histórico que se transforma en un proceso incuestionable y extraordinario para algunas personas o grupos en particular. Las "deudas con los muertos", añade, crean en los sujetos un deseo inconsciente de permanencia dentro de la condición traumática, generando así resistencias o inmovilidades para resolver sus propios problemas de sufrimiento.

Those traumatized by extreme events, as well as those empathizing with them, may resist working through because of what might almost be termed a fidelity to trauma, a feeling that one must somehow keep faith with it [LaCapra, 2001, 22].

Paradójicamente, el exceso de traumas propicia la construcción de valores sagrados que poco ayudan a comprender los problemas de identidad histórica, resultantes de una mala experiencia psicológica.

Por ejemplo, cuando César Romero, abogado y periodista antitrujillista, habla metafóricamente del "duro exilio", lo hace más bien desde un supuesto contexto de trauma, causado por los muchos años que estuvo fuera de la República Dominicana (Romero, 1989). Romero explica que la nación estaba libre de caciques y de guerras internas bajo la mano "tolerante y bondadosa" del presidente Horacio Vázquez, y que Trujillo fue el único culpable de haber iniciado la corrupción en el país. En todo caso, una aseveración de esta índole resultaría muy simple, pero legítima para quienes la lucha del exilio significó los más "puros y hermosos" ideales de libertad y honestidad, como apuntaba también Micolán (1995, 202).

En su autobiografía, Romero revela su desilusión con el régimen trujillista, al cual sirvió como cónsul en Santiago de Cuba, a causa de los crímenes políticos y a la matanza de ciudadanos haitianos en la frontera dominicana en 1937 (Romero, 1989, 65; Vega, 1988). Éste reconoce, sin embargo, que su oposición al dictador no se dio de forma inmediata, porque los exiliados dominicanos en Cuba lo habían atacado duramente. Así, viajó a Venezuela, dejando el cargo diplomático para alejarse de las luchas antagónicas entre ambos sectores políticos. Romero recuerda que pasó dos años sin salir de su hogar, mientras trabajaba en una compañía de contabilidad en Caracas, evitando mantener relaciones con los desterrados. Regresó a Santo Domingo en 1938, con la esperanza de que el régimen no le recriminara su distanciamiento.

Escribí una carta a Trujillo en la que le significaba que yo no podía ser su enemigo personal, porque mi interés era que hiciera en el país lo que es correcto [...] y si sus amigos no lo habían ayudado en eso, los debe cambiar por otros [Romero, 1989, 82].

Al día siguiente, se ordenó su arresto en la Fortaleza Ozama, antigua estructura colonial que servía como cárcel en la capital. Ante el temor de que “desapareciera”, los familiares, apelando a la propia madre de Trujillo, doña Julia Molina, lograron sacarlo de ahí con vida. Después de estar preso, Romero cuenta que se ganó el repudio de amigos y vecinos, quienes temieron a las represalias de las autoridades, ya que era considerado un “desafecto”. Desamparado, como otros que asumieron posiciones críticas, solicitó autorización del gobierno para volver a trabajar en Venezuela.

Sus primeros contactos, en la década de los cuarenta, con las agrupaciones antitrujillistas, se dieron en la sombra; aunque mantenía amistad con algunos líderes, se percibe en su relato cierto distanciamiento con las organizaciones que empezaban a surgir. Romero no olvida los conflictos y las luchas de poder entre los jefes del exilio, queriendo dominar a los diversos grupos, para resaltar su propio liderato. Además, las agrupaciones de exiliados en Cuba, México, Venezuela, Puerto Rico y Nueva York distaban mucho de estar unidas por un mismo ideal. Éste confiesa que los

antagonismos entre los dirigentes por el control de las facciones en el destierro afectaron siempre los planes para derrocar al dictador.

Aún así, aclara que la comunidad dominicana en Venezuela fue más fraternal, y mostró la misma disponibilidad de lucha que los expatriados en Cuba, a pesar de que contaban con menos recursos económicos. Curiosamente, su simpatía hacia el exilio antitrujillista fue más social que política, expresando que el tirano atropelló a la gente "digna y culta" del país. Él mismo vivió la experiencia de tener que aceptar, en 1930, la ayuda de María Martínez, entonces amante del déspota, durante el huracán San Zenón, alegando que su socorro le provocó un "descenso de clase".

Mantuve esa difícil situación todo ese tiempo, y aunque en la parte oficial tuve siempre expresiones de afecto, el comportamiento de Trujillo con su megalomanía, abusos y crueldades aumentaba mi indignación [Romero, 1989, 44].

Desde los Estados Unidos, luego de experimentar un segundo exilio, producto del golpe de Estado al presidente venezolano Rómulo Gallegos, en 1948, se incorporó de lleno a las luchas antitrujillistas. Aprovechó sus conocimientos de periodismo para trabajar en la prensa norteamericana, apoyando a los exiliados dominicanos en las actividades en contra del sátrapa caribeño. En Nueva York y Washington, éstos montaron, especialmente desde el periódico *Patria*, una campaña de información en torno a los crímenes políticos en Santo Domingo. Según Romero, "*Patria* constituía una hoja de fuego en contra del dictador dominicano [...] circulaba en embajadas y gobiernos del mundo más conectados con los latinoamericanos" (Romero, 1989, 119).

En 1952, Trujillo ordenó el asesinato del periodista Andrés Requena, editor de *Patria*, causando una enorme conmoción en la comunidad dominicana que residía en los Estados Unidos. Requena, quien había escrito, en 1949, una novela titulada *Cementerio sin cruces*, fue víctima de los propios funcionarios consulares del tirano en Nueva York, los cuales, intentando silenciar sus críticas al Jefe, planificaron su muerte (Céspedes, 2001, 11-17). Romero señala que los líderes del destierro, en especial Juan Isidro

Jimenes Grullón, Leovigildo Cuello y Ángel Morales, le encargaron continuar la redacción y la distribución del periódico, a pesar de la lamentable pérdida de Requena.

Además, los exiliados, en todas las visitas de Trujillo a los Estados Unidos, se organizaron para protestar, frente a la Casa Blanca, el Congreso y el Departamento de Estado, por el apoyo del gobierno norteamericano al sátrapa caribeño. Pese a todo, el día más amargo de su vida como expatriado fue cuando observó en la capital estadounidense “la manifestación que organizó el dictador para homenajearlo frente al hotel donde se hospedaba, como para hacer creer que en cambio del repudio que se le hacía, muchos otros dominicanos le aclamaban” (Romero, 1989, 125). Los funcionarios de la embajada dominicana en Washington, añade, lograron reunir cerca de mil personas para saludar al tirano; mientras los grupos antitrujillistas, debido a sus limitaciones económicas, no pudieron juntar a más de 200 personas.

En los últimos años de la dictadura, el régimen incrementó la persecución en contra de los exiliados dominicanos, vigilando muy de cerca sus actividades opositoristas (Vega, 2001). Lamentablemente, la mano criminal de Trujillo se había extendido fuera de la República Dominicana. En la década de los cincuenta, resonaban los casos del dirigente obrero Mauricio Báez, asesinado en Cuba, la ejecución de Sergio Bencosme, en la puerta de su apartamento en Nueva York, y las muertes de dos reconocidos intelectuales españoles, Jesús Galíndez y José Almoína, exterminados por escribir sendas obras en torno a la dictadura de Trujillo (Galíndez, 1956; Almoína, 1949). Estos casos, indica Romero, repercutieron en la imaginación de los sectores antitrujillistas en el exilio.

Por ejemplo, algunos dominicanos se alejaron de las agrupaciones de exiliados, optando por una vida más tranquila y cómoda en otras ciudades de los Estados Unidos y América Latina, logrando, en muchas ocasiones, prosperar económicamente. Asimismo, otra parte no volvió a participar en actividades en contra de Trujillo ni retornaron, después de la muerte de éste en 1961, a la República Dominicana. Por otro lado, los dirigentes más visibles del destierro, afirma Romero, tuvieron que adaptarse a las amenazas y a los ataques de los funcionarios consulares, quienes amparados en la inmunidad diplomática, cometieron los crímenes políticos más conocidos fuera del país (Romero, 1989, 138-140).

Uno de los líderes que más recuerda esos traumáticos años en el destierro es Nicolás Silfa, jefe principal del PRD en la ciudad de Nueva York, quien escribió una especie de historia testimonial del exilio antitrujillista (Silfa, 1980). Él, quien junto con Ángel Miolán y Ramón Castillo fue de los primeros expatriados en regresar a su país en 1961, denuncia que no existe información verídica relativa a la dictadura de Trujillo. Se pregunta y se justifica:

¿por qué ninguno de los líderes del exilio, sobre todo aquellos que han escrito muchos libros, y que siguen en igual faena, no han publicado un texto que remoce la historia de la escuela dominicana [...] que constituya una lección imperecedera, para que los hombres de hoy y del futuro, estén en condiciones de beneficiarse ante el reconocimiento de nuestros lamentables errores? [Silfa, 1980, 21].

Por ende, su relato tiene la misión de llenar este espacio y de contestar más de treinta preguntas, que desglosa en la introducción, sobre la temática trujillista. En primer lugar, según Silfa, los grupos “revolucionarios” fueron incapaces de combatir el régimen, por casi veinte años de dictadura, debido a la desorganización y a la falta de unidad dentro del exilio dominicano. En segundo lugar, la llegada del “general” Juan Rodríguez García no fue suficiente para impulsar los planes de los líderes antitrujillistas para invadir a Santo Domingo, ya que este último, por su avanzada edad, no estaba preparado para dirigir una expedición militar. Por último, las propias condiciones internacionales, especialmente la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), propiciaron un fortalecimiento del gobierno dominicano.

Ante este panorama, no fue sorpresa, alega el antiguo dirigente perredeísta, que la expedición de Cayo Confite (1947) y el desembarco de Luperón (1949) tuvieran un desenlace infortunado. Pero del fracaso de ambas experiencias militares, el PRD, afirma Silfa, se transformó en un partido más efectivo y combativo; también se convirtió, después de su Segundo Congreso, celebrado en La Habana en 1950, en un organismo que tenía —desde el exilio— características gubernamentales. Por tal motivo, los funcionarios diplomáticos y los esbirros a sueldo del régimen del déspota la emprendieron de manera violenta en contra de ellos, para destruir la reciente renovación del partido.

Sin embargo, de acuerdo con Silfa, las luchas en contra del dictador tomaron un nuevo giro en 1952, debido a que los expulsados dominicanos aprovecharon, por espacio de cuatro meses, la estancia de éste en los Estados Unidos, para contraatacar. Trujillo, quien había dejado el poder en manos de su hermano, el general Héctor (Negro) Trujillo, fue recibido con frialdad por la Casa Blanca y por el Departamento de Estado norteamericano, los cuales le negaron las credenciales como Embajador dominicano en Washington (Vega, 2001, 52-53). Esta actitud del gobierno estadounidense, recuerda Silfa, fue muy importante en las luchas de exiliados antitrujillistas (Silfa, 1980, 358). Era el momento para enfrentar al tirano de frente.

El líder perredeísta narra que éstos se movilizaron en Nueva York y Washington, preparando pancartas, comunicados de prensa y hojas sueltas, que fueron distribuidas en las actividades de protesta en contra del sátrapa caribeño. Además, en la capital norteamericana, los grupos opositores a éste se apostaron en el hotel Mayflower, donde se hospedaba, cargando un ataúd de madera frente a la ventana de su habitación, siendo uno de los piquetes que más llamó la atención de la ciudad. Este simbólico acto, explica Silfa, molestó a los funcionarios que acompañaban a Trujillo, propiciando un serio altercado entre los exiliados y los seguidores del déspota.

El famoso ataúd le costó a Silfa su detención, por parte de la policía local, a causa de los golpes que le propinó a uno de los secuaces del tirano. Aunque no pasó de una reyerta callejera, las protestas sacaron de quicio a Trujillo. Las confrontaciones entre ambos sectores no se limitaban sólo a gritos y peleas, sino también a persecuciones automovilísticas; como si fuera una película de mafiosos internacionales, Silfa rememora, ya en el último mes de "vacaciones" del dictador, en Washington, la forma en que persiguió a su comitiva por las calles de la capital federal.

Los peatones [según él] quedaron sorprendidos al ver una carrera automovilística en pleno centro de la metrópoli, caso que solamente se reserva a los bomberos, cuando corren a extinguir voraces incendios [Silfa, 1980, 378].

Por otro lado, Romero, quien acompañaba a Silfa en el auto, señala que lo único que deseaban era hacerle una "travesura" al dictador, la cual no pasaría de un susto (Romero, 1989, 123). Pero ambos vivieron la misma experiencia de ser perseguidos por algunos funcionarios diplomáticos de Trujillo, mientras guiaban por las calles de Nueva York y de la capital estadounidense, teniendo que cargar siempre con armas de fuego. Además, los esbirros del tirano, agrega, asechaban a los expulsados dominicanos en sus lugares de trabajo y en sus propias residencias. El sistema de inteligencia trujillista era tan eficiente que no dejaba pasar desapercibida la mudanza o la llegada de algún enemigo del régimen a los centros más importantes del exilio, en los Estados Unidos y en América Latina (Vega, 2001).

Sin embargo, las memorias de sufrimientos, sacrificios y traumas son metáforas discursivas que crean más interrogantes que posibles soluciones (LaCapra, 2001, 186). Después de la muerte del tirano y de la reincorporación del exilio a la política nacional, Romero lamenta que la Unión Cívica Nacional (UCN)² perdiera las elecciones ante un exiliado desconocido como Juan Bosch, ya que, según él, la UCN encarnaba los verdaderos valores de la lucha "titánica" en contra de los remanentes del trujillismo (Romero, 1989, 172-176). El problema que plantea Romero es uno de clase, pues estaba muy dolido por la exclusión de la burguesía que esperaba heredar otra vez el poder. Como bien explica Radley, cada clase reproduce un tipo particular de recuerdo, así que "el sentido de su historia viene determinado por la capacidad para guiar su propia vida y llevar a cabo su paso por las dificultades económicas y físicas de su entorno" (Radley, 1992, 66).

La República Dominicana es un país sin suerte, deplora Romero, ya que los herederos de la tiranía cercenaron el experimento democrático, agrandando más el trauma social y moral que ha padecido la nación (Romero, 1989, 171). El legado de treinta años, a juzgar por él, creó un ambiente saturado de sumisión, de silencios

² Después de la muerte de Trujillo, la UCN se formó como una agrupación "apolítica y patriótica", teniendo como líder al doctor Viriato Fiallo, quien se ganó la admiración de los sectores más conservadores de la sociedad dominicana por sus posturas antitrujillistas.

y complejos, provocando que las masas dominicanas se volcaran en favor de la elección de Bosch, para evitar una guerra de odios y de revanchas entre los diferentes sectores de la sociedad. Mas el nuevo presidente dominicano separó o eliminó a los verdaderos representantes del PRD, y quedó aislado del apoyo político de sus más fieles seguidores hasta que ocurrió el golpe de Estado de 1963. Para Romero, los sucesos que se desencadenaron después de la salida de Bosch del poder fueron tan tristes y duros como los años de exilio antitrujillista.

Éste lamenta que algunos dirigentes de la Unión Cívica Nacional apoyaran la formación de un triunvirato, de cuyo gobierno ilegal, impuesto por los militares golpistas, él se desligó. Romero afirma que gastó sus ahorros personales en boletos de avión, intentando ayudar a los líderes políticos que fueron expulsados por el triunvirato, buscándole soluciones a la crisis institucional en Santo Domingo. De manera irónica, el antiguo expatriado volvió a residir en los Estados Unidos, esta vez en la ciudad de South Bend, Indiana, en donde recordó con nostalgia los tiempos de lucha en contra de Trujillo, cuando el enemigo era sólo uno, mientras que ahora la República Dominicana está en manos de “30 caballeros” muy difíciles de entender o descifrar (Romero, 1989, 182).

LOS RECUERDOS ENFRENTADOS: TRUJILLO EN EL IMAGINARIO PERSONAL

En *La genealogía de la moral*, especialmente en su segundo tratado, el intelectual alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) analiza las formas “terribles” en que la conciencia del hombre está grabada por imágenes ilícitas depositadas en su memoria histórica (Nietzsche, 2001, 79); plantea que, desde la antigüedad, la humanidad ha recordado los eventos más duros, sangrientos y brutales que hayan existido en la tierra, cargando en su memoria con un pasado “siniestro”. Según él, las torturas, los sufrimientos y martirios fueron los auxiliares más importantes de las técnicas mnemónicas. Pero el “dolor” no garantiza que los recuerdos sean más verdaderos, ya que se crean “malas” y “buenas” memorias para sobrevivir en la sociedad.

El problema consiste en determinar cómo el sentido de la historia, el sentido del paso del tiempo, actúa a la vez en forma creadora y destructiva en la dialéctica peculiarmente humana del recuerdo y el olvido [White, 1998, 338].

Para White, quien refuerza lo dicho por Nietzsche, la ironía es que el hombre recuerda demasiado bien, siendo esa capacidad humana, cuando se usa con exageración, una posible amenaza para la vida misma. La propuesta del filósofo es que el hombre debe aprender a olvidar, ya que "sin la capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente" (Nietzsche, 2001, 76). Sin embargo, el olvido, acota Margarita Diges, no es el único problema que confronta el recuerdo, sino que existe un grado marcado de fantasía y de alucinación en las formas en que la memoria recupera eventos del pasado (Diges, 1997, 38).

Por ejemplo, ¿qué hay de las memorias de quienes colaboraron con el régimen de Trujillo y se unieron al exilio más tarde? Si éste es recordado como un proceso doloroso y traumático para algunos expatriados antitrujillistas, más difícil resultó para aquellos que salieron en los últimos años de la dictadura, confiesa Germán Emilio Ornes, autor del libro *Trujillo: pequeño César del Caribe*, publicado originalmente en inglés en 1958 (Ornes, 1958). Esta obra es una de las primeras biografías de Trujillo escritas por un exiliado dominicano, estando el tirano vivo, aunque dos años antes había sido publicada en Chile la tesis doctoral del intelectual español Jesús Galíndez, quien había residido en Santo Domingo de 1938 a 1946, por cuyo trabajo el sátrapa caribeño ordenó su muerte (Vega, 2001, 78-88).

El caso de Ornes es muy peculiar, pues era también el propietario del periódico *El Caribe* y colaborador estrecho del déspota, a pesar de su pasado de oposición y de que era hermano de Horacio Julio Ornes, líder y sobreviviente del desembarco de Luperón en 1949 (Ornes, 1999). Sin embargo, su indisposición con la dictadura, expone, se dio por un error de imprenta, en donde se aludía a la "muerte" de Trujillo, en uno de los calces que acompañaban una de las fotos del diario.

El 27 de octubre de 1955, una fotografía publicada en *El Caribe* mostraba unas coronas de flores llevadas por los niños de una escuela para colocar en el pedestal de uno de los 1 800 bustos de Trujillo. Debajo había una leyenda en la cual se informaba a mis lectores que los pequeños estaban colocando sus flores sobre la "tumba" del Benefactor [Ornes, 1999, 254].

Este "inesperado" suceso, alega, lo agarró de "sorpresa", ya que tenía planeado salir, al día siguiente, para la reunión de la Asociación Interamericana de Prensa (SIP) en Nueva Orleans.

De todos modos, la reacción del régimen trujillista no se hizo esperar, empezando a recibir duros ataques de la propia prensa dominicana. Curiosamente, el tirano estaba también en el sur de los Estados Unidos, pero en la ciudad de Kansas, atendiendo cuestiones familiares, el día que ocurrió su falsa mortandad. Según Ornes, el incidente de la foto en *El Caribe* lo rescató de las garras de la dictadura, aunque extrañamente viajó a Kansas para hablar de asuntos personales con el Jefe. El autor de marras le expresó que no deseaba regresar a la República Dominicana; además, le ofreció la venta del periódico "como un gesto de paz". "Trujillo", recuerda Ornes, "estuvo muy amable [...] me dio la impresión de que quería olvidar lo pasado y de que no quería pelearse conmigo" (Ornes, 1999, 255).

No obstante, los funcionarios del régimen lo acusaron de traidor, despojándolo de manera ilegal del control del periódico *El Caribe*; el que pudo recobrar después de la muerte del dictador en 1961. Por ende, Ornes tomó la decisión de permanecer en territorio norteamericano, en donde aceptó una plaza de editor en el periódico *El Mundo* de Puerto Rico, con cuyas facilidades escribió el libro sobre Trujillo. Éste discute las causas que han debilitado a los movimientos en contra del sátrapa caribeño, en los casi treinta años de lucha, arguyendo que el exilio nunca ha estado unido: "hay veces que sus diferentes grupos dan la impresión de odiarse más los unos a los otros de lo que todos, en común, odian a Trujillo" (Ornes, 1999, 401).

Por otro lado, aunque el tirano no se descuida con ellos, las agrupaciones antitrujillistas han dejado pasar la oportunidad, en parte por rivalidades y divisiones internas, de trazar el camino

de la libertad, señala Ornes. Según el periodista dominicano, la amenaza que representan los exiliados al régimen es más potencial que real, ya que dan la impresión de no estar contribuyendo a decidir la “suerte” del dictador. Desde las intentonas de Cayo Confite (1947) y Luperón (1949), los grupos en contra de Trujillo tampoco han logrado reformular una política efectiva que incite la caída del déspota por medio de una insurrección general dentro del país. Ornes lamenta que, a pesar de los años de martirio, dolor y sufrimiento, los dirigentes del destierro no han sido capaces de madurar políticamente, perdiendo —en combates entre sí— tiempo valioso.

No es extraño, pues, que los exiliados se sientan abrumados por frustraciones [y] complejos, y, que en lugar de luchar por salvar las barreras que encuentran a su paso [...] flaqueen, se amarguen y se vuelven contra el mundo, que muchas veces es sólo el estrecho mundo de sus compañeros de exilio [Ornes, 1999, 404].

Ornes comenta que la situación se complica debido a que no todos los líderes son demócratas genuinos, sino politicastro profesionales y buscadores de glorias pasajeras, los cuales nunca imaginaron un destierro de casi treinta años; además, de haberlo sabido, jamás hubiesen salido de la República Dominicana. Aun así, ese grupo intenta capitalizar las luchas en contra de Trujillo, sin ningún otro interés que el de figurar como dirigentes del exilio.

Por otra parte, Ornes señala que las diferentes agrupaciones antitrujillistas mantenían una especie de concilio supremo encargado de clasificar, como si fuera un club exclusivo, a sus miembros, por la fecha de salida del país. Asimismo, los expulsados se apandillaban para negarle acceso —dentro de sus círculos privados— a los ex participantes del régimen del dictador. Por tal motivo,

los que abandonaron el país en los primeros días de la década de los treinta [los *limpios*, los *puros* que se vanaglorian de jamás haber hecho el juego a Trujillo] miran con olímpico desdén a quienes se dilataron algunos años en seguir su ejemplo [Ornes, 1999, 406; el énfasis es mío].

De hecho, Doña Carolina (Conina) Mainardi, esposa del líder antritrujillista Leovigildo Cuello, señala que los dominicanos en Puerto Rico nunca aceptaron al antiguo editor de *El Caribe* como miembro *bona fide* del exilio, debido a su pasado de colaboración (Mainardi, 2000, 185).

Pero Ornes indica que el calificativo de ex colaborador es un término acomodaticio para obstaculizar la entrada de los nuevos exiliados; además, es injusto e impráctico restringir la participación en estos grupos, de quienes pueden contribuir con su talento y experiencia a continuar la lucha en contra del tirano. Las antiguas elites antitrujillistas, agrega, no están preparadas para un cambio político en Santo Domingo, ya que sus figuras principales están desconectadas de la realidad social y económica del país, reduciéndose la posible salida de los sectores opositores al régimen, quienes temen ser rechazados en el destierro por su pasado trujillista. "La fama de los recibimientos hostiles ha servido, hasta ahora, sólo para restar al exilio la posibilidad de nutrir sus exiguas filas" (Ornes, 1999, 408).

Ornes también hace un llamado cívico y religioso a las agrupaciones antitrujillistas, que deben guiarse por principios morales y cristianos, en donde no existan rencores y reproches por aquellos individuos que desean el camino de la rectificación. El éxito de las actividades del exilio depende de la tolerancia y de la capacidad de captar a los ex colaboradores del dictador; asimismo, no se puede despreciar la ayuda de algunos funcionarios activos del régimen, personas muy importantes dentro de la débil oposición interna. Sin la participación de ambos sectores será imposible la liquidación de la dictadura, ya que sus contactos con el tirano son más recientes y más útiles para el exilio.

Más aún, el periodista dominicano recomienda detener las absurdas divisiones entre exiliados "buenos y malos, viejos y nuevos", que sólo sirve para obstaculizar la integración de los diferentes grupos antitrujillistas; también plantea que la inevitable muerte de los líderes más "viejos" del destierro debe mover a los sectores más liberales y progresistas a aceptar a los ex colaboradores en las mismas condiciones y derechos, evitando rechazar a aquellos que quieran participar en las luchas en contra del déspota dominicano. Sin embargo, el exilio dejó pasar la

experiencia revolucionaria de Venezuela y de Cuba, con la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez en 1958 y el triunfo de Fidel Castro en 1959, de eliminar los antagonismos y de limar las asperezas entre sus diferentes componentes.

El caso de Venezuela y Cuba, según Ornes, no creó un sentido de responsabilidad entre los expulsados dominicanos, sino nuevas rivalidades e intereses ante la posibilidad de un retorno anticipado al país, como consecuencia automática de la caída de otras dictaduras. Éste añade que las ambiciones protagónicas de algunos exiliados afectaron los intentos de unidad en Puerto Rico, dejándose llevar la mayoría de los dominicanos por las facciones más reaccionarias y vociferantes del destierro. De acuerdo con el antiguo editor de *El Caribe*:

los líderes antitrujillistas buscan a toda costa conservar las posiciones de dirección, para las que muy pocas veces han sido democráticamente elegidas, hasta el gran día en que regresarán triunfantes a la patria, guiando los corceles blancos del carro de la victoria [Ornes, 1999, 406].

Pero la memoria tiene sus propias trampas, señala James Olney, ya que el autobiografiado termina siempre mirándose en su propio espejo (Olney, 1972, 4). Ornes reclama, después de que despotrica en contra de las agrupaciones exiliadas, que ellas son las únicas que tienen la obligación moral de derrumbar al gobierno de Trujillo. Esta narración tiene también su coartada, ya que éste reclama que Vanguardia Revolucionaria Dominicana (VDR), agrupación liderada por su hermano Horacio Ornes, tenía la capacidad política para enfrentar la tiranía desde el destierro.

Debido quizá a que sus líderes son personas mejor entrenadas y más maduras políticamente que los de la mayoría de los grupos exiliados, VDR da a menudo la sensación de que piensa con más claridad y actúa con una mayor seguridad de propósitos que los otros partidos [Ornes, 1999, 427].

Si algo demuestra el libro de Ornes es que la memoria sigue siendo un ejercicio para satisfacer necesidades internas, en cuyas aspiraciones se legitiman las acciones del pasado como un diálogo

necesario para ingresar en la posteridad. Sin embargo, no existe una memoria completa, sólo fragmentos de recuerdos que son moldeados por la imaginación y el lenguaje; por ende, la verdad de quien recuerda está constituida por un largo proceso de olvidos y manipulaciones de la realidad histórica. Al final de cuentas, me parece difícil que se pueda dar de otra forma, ya que la historia, como sugiere Mateo, “es una trampa desmemoriada en la que todo discurso de deseos se hace pedazos sin misericordia” (Mateo, 1999, 3).

NOSTALGIA Y ANTINOSTALGIA DE UNA ERA

El tipo de verdad que se asume en la memoria, de acuerdo con Paul John Eakin, es producto de un intrincado proceso de autodescubrimiento y autocreación, que se impone como una ficción dentro del propio relato. Además, “las imágenes del pasado que son moldeadas por la memoria”, como sugiere Eakin, “sirven a las necesidades de la conciencia del presente” (Eakin, 1985; la traducción es mía). En la presentación del más reciente libro de Juan Ducoudray, otro exiliado antitrujillista, el reconocido escritor dominicano, Marcio Veloz Maggiolo, señala que los libros de recuerdos son como un oasis para el espíritu, en cuya lectura se dibujan las añoranzas, las utopías y las nostalgias de la memoria personal (Ducoudray, 2000; Veloz Maggiolo, 2000). Durante los últimos años, Veloz Maggiolo ha desatado una campaña abierta en contra de la “mitología gloriosa” de la Era de Trujillo, impuesta por los herederos políticos del tirano, los cuales se “empeñaron en presentarlo como un dictador con ansias de progreso, de paz [y] de democracia” (Veloz Maggiolo, 1999, 2).

El autor de *Uña y carne* propone un rescate de la “memoria buena”, de la memoria consciente y moral, suplantando los olvidos (las “páginas en blanco”)³ por una “historia real” y justa de quienes lucharon en contra del sátrapa caribeño. Sin embargo, me pregunto: ¿existe una mala memoria o una memoria inmoral?;

³ Hago referencia a la “página en blanco” que dejó Joaquín Balaguer en su libro *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*, para encubrir los nombres de los que asesinaron al periodista Orlando Martínez en 1975.

¿un exilio bueno o malo, y colaboradores sinceros o hipócritas? La memoria tiene tantas variantes como hay personas que recuerdan; por lo tanto, categorizar este tipo de dicotomía implica siempre un problema de exclusión. ¿Cuáles son los requisitos para tener una “buena memoria” o una “mala memoria”? ¿Será posible desdibujar los mitos y las nostalgias de la Era con una “memoria buena”?

¿Cómo lidiar con los recuerdos de una humilde cocinera que señaló que en la República Dominicana no volvía a nacer una persona con la calidad humana de Trujillo? (Pérez, 1999); ¿o que el nieto del dictador destaque con orgullo que el Jefe “siempre, con sus virtudes y sus defectos, tuvo un respeto increíble por su pueblo”? (Trujillo Ricart, 2000). Según Veloz Maggiolo, el olvido impuesto durante los gobiernos de Joaquín Balaguer propició una continuidad de las prácticas del antiguo régimen y cerró las posibilidades de enjuiciar el ominoso pasado. “La gente decente de este país no puede olvidar la historia”, afirma el también antropólogo y actual director del Museo de Las Casas Reales (Veloz Maggiolo, 1999, 4).

En esta correlación de fuerzas, lo que Veloz Maggiolo exige es que la “memoria buena” suplante a la “memoria mala”, sin entender que ambas son una ficción producida por el entorno social y político del presente. ¿Estará la cura para el olvido en tratar de rescatar los recuerdos de los exiliados antitrujillistas? No creo que la receta sea tan sencilla. La “mala memoria” no se elimina idealizando los recuerdos de los hombres y de las mujeres que lucharon desde el exilio en contra de Trujillo.

E-mail: wabonilla@hotmail.com

Artículo recibido el 30/07/03 y aceptado 15/12/03

BIBLIOGRAFÍA

Almoína, José

- 1949 *Una satrapía en el Caribe: historia puntual de la mala vida del déspota Rafael Leonidas Trujillo*, Guatemala, Ediciones del Caribe.

- Arvelo, Tulio H.
1982 *Cayo Confite y Luperón: memorias de un expedicionario*, Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Balaguer, Joaquín
1988 *Memorias de un cortesano en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Corripio.
- Bellah, Robert, et al.
1985 *Habits of the Heart: Invidividualism and Commitment in American Life*, Berkeley, University of California Press.
- Bonilla, Walter R.
1999 *Las autobiografías de los expedicionarios del 14 de junio: un acercamiento teórico*, ponencia presentada en la Séptima Reunión Anual de la Asociación Puertorriqueña de Historiadores, 1 y 2 de octubre, Río Piedras, Colegio San Antonio.
- Bosch, Juan
1959 *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, Caracas, Edición Librería Las Novedades.
- Caruth, Cathy, ed.
1995 *Trauma: Explorations in Memory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Céspedes, Diógenes
2001 "Andrés Requena: dos novelas poco conocidas en Santo Domingo", en Introducción a las obras *Camino de fuego* y *Cementerio sin cruces*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro.
- Cordero Michel, José R.
1999 *Análisis de la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Ediciones Librería La Trinitaria [1959].
- Diges, Margarita
1997 *Los falsos recuerdos: sugestión y memoria*, Barcelona, Paidós.
- Draaisma, Douwe
1995 *Las metáforas de la memoria: una historia de la mente*, Madrid, Alianza Editorial.
- Ducoudray, Juan
2000 *Réquiem por la utopía y otras saudades*, Santo Domingo, Editora Nomara.
- Eakin, Paul John
1985 *Fictions in Autobiography: Studies in the Art of Self-Invention*, Princeton, Princeton University Press.

- Freud, Sigmund
1997 *Escritos sobre la histeria*, Madrid, 4a. ed., Alianza Editorial, [1895].
- Galíndez, Jesús de
1956 *La Era de Trujillo: estudio casuístico de una dictadura hispanoamericana*, Santiago de Chile, Editora del Pacífico.
- Gillis, John R., ed.
1994 *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press.
- Gullón, José Diego
1989 *Cayo Confites. La revolución traicionada*, Santo Domingo, Alfa & Omega.
- Hutton, Patrick
1993 *History as an Art of Memory*, Hannover y Londres, University of New England.
- Jimenes Gullón, Juan Isidro
1946 *Una gestapo en América: vida, tortura, agonía y muerte de presos políticos bajo la tiranía de Trujillo*, La Habana, Editorial Lex.
- LaCapra, Dominick
2001 *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Leys, Ruth
2001 *Trauma: A Genealogy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Mainardi, Carolina
2000 *Vivencias*, Santo Domingo, Editora Manatí.
- Mateo, Andrés L.
1999 "Palabras en el tiempo: Ángel Morales y Balaguer", *Listín Diario Digital*, 14 de junio, Santo Domingo.
- Mejía, Luis F.
1944 *De Lilís a Trujillo*, Caracas, Elite.
- Middleton, David, y Derek Edwards, eds.
1992 *Memoria compartida: la naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Paidós.
- Miolán, Ángel
1984 *El perredé desde mi ángulo*, t. I, Santo Domingo, Letras de Quisqueya.

- 1995 *Memorias: de la batalla contra la tiranía de Trujillo en la República Dominicana y Haití*, t. I, Santo Domingo, Letras de Quisqueya.
- Nietzsche, Friedrich
2001 *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial.
- Olney, James
1972 *Metaphors of Self: The Meaning of Autobiography*, Princeton, Princeton University Press.
- Orbe, Justino José del
1983 *Del exilio político dominicano antitrujillista en Cuba*, Santo Domingo, Editora Taller.
- Ornes, Germán Emilio
1958 *Trujillo. Little Caesar of the Caribbean*, Nueva York, Thomas Nelson & Sons.
1999 *Trujillo: pequeño César del Caribe*, Santo Domingo, Editora Cole.
- Ornes, Horacio
1956 *Desembarco en Luperón. Episodio de la lucha por la democracia en la República Dominicana*, México, Ediciones Humanismo.
- Pérez, Narciso
1999 "Doña Aurora, relata los gustos de Trujillo", *El Siglo Digital*, 20 de agosto, Santo Domingo.
- Pou Saleta, Poncio
1998 *En busca de la libertad: mi lucha contra la tiranía trujillista*, Santo Domingo, Editora Lozano.
- Radley, Alan
1992 "Artefactos, memoria y sentido del pasado", en David Middleton y Derek Edwards, eds., *Memoria compartida: la naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Paidós.
- Romero, César L.
1989 *Del duro exilio*, Santo Domingo, edición del autor.
- Silfa, Nicolás
1980 *Guerra, traición y exilio*, t. I, Barcelona, edición del autor.
- Trujillo Ricart, Ramfis Rafael
2000 "Mi opinión: ¡La fiesta del Guanaco!", *Hoy Digital*, 14 de mayo, Santo Domingo.
- Vargas, Mayobanex
1981 *Testimonio histórico: junio 1959*, Santo Domingo, 2a. ed., Editora Cosmo.

Vega, Bernardo

1986 *Unos desafectos y otros en desgracias: sufrimientos en la dictadura de Trujillo*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

1988 *Trujillo y Haití*, vol. I (1930-1937) y II (1937-1938), Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

2001 *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

Veloz Maggiolo, Marcio

1999 "Trujillo y el mito escritural", *El Siglo Digital*, 11 de diciembre, Santo Domingo.

2000 "Juan Ducoudray: réquiem por la utopía", *El Siglo Digital*, 25 de marzo, Santo Domingo.

White, Hayden

1998 *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.